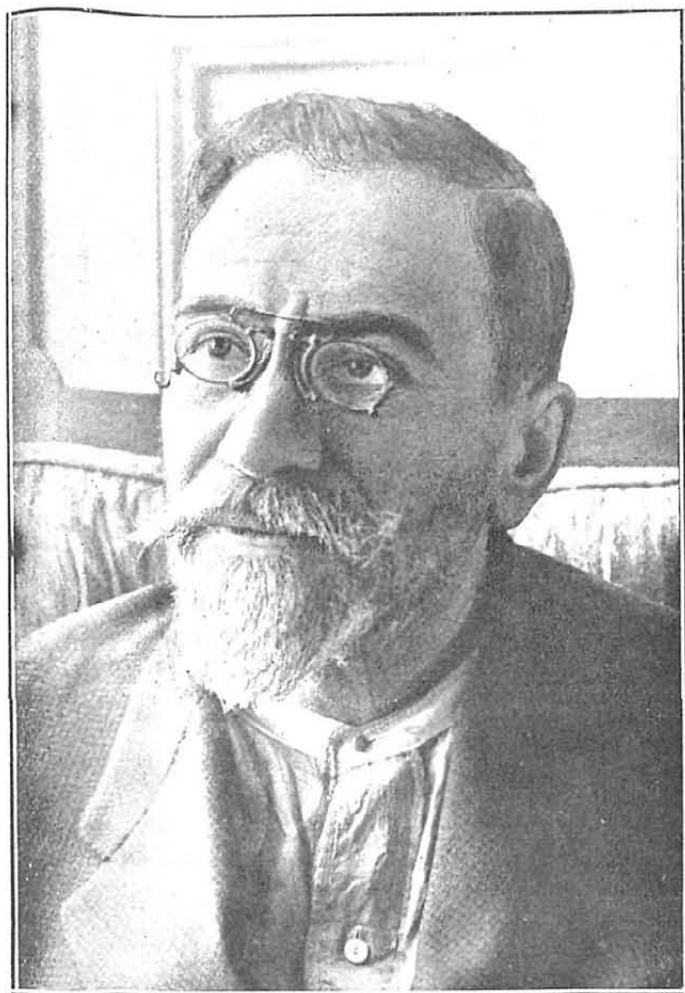


# UNA GRAN FIGURA PARLAMENTARIA

LA NOCHE DEL DOMINGO ULTIMO FALLECIO EN MADRID DON JUAN VAZQUEZ DE MELLA, CAUDILLO DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL



Uno de los últimos retratos del ilustre tribuno tradicionalista

Sus primeros tiempos en Madrid fueron duros. Era ya redactor primite de *El Correo Español* y frecuentemente comensal del marqués de Cerralbo, y, no obstante, tenía que vivir aún en una casa de huéspedes misera y heteróclitamente poblada, en la Concepción Jerónima.

Don Juan era allí, es cierto, «el huésped del gabinete», dignidad suprema en aquel como en otros talansterios semejantes, galdosianos; pero, ¿qué gabinete aquel! Jamás limpio y siempre en desorden, sólo por un milagro de adaptación y de humildad se comprende que pudiera vivir en el quien pasaba tantas veladas en los magníficos salones del más adinerado y fastuoso de los próceres carlistas.

Quizá para aquella conformidad que hacía al orador ilustre vivir ayuno de los goces materiales de la vida, era gran parte su intenso vivir espiritual. Don Juan, que si no obeso aún, era ya grueso y fuerte, a pesar de aquellas apariencias, vivía, sobre todo, para el espíritu: leía ó escribía constantemente, y tal vez eso le hacía olvidar, más que desdenar, otros placeres de la vida. Leer y escribir eran para él las necesidades más apremiantes, casi las únicas, y las satisfacía hasta la saciedad.

En libros invertía todo su dinero, y por comprarlos solía desprenderse temporalmente de la mayor y mejor parte de su exiguo guardarropa, que pasaba á veces muchos días lejos del hogar en los inclementes estantes de la casa de préstamos más próxima. ¿Cuántas veces fué para él problema arduo, llegado día de cenar en casa de Cerralbo, libertar el traje de etiqueta, que yacía en cautiverio forzoso en casa del Shylock de tanda!

Aquellos bajos menesteres no los realizaba nunca Mella mismo. Gran señor en medio de su pobreza, tenía para ellos una especie de escudero, otro huésped de aquel arca de Noé, á quienes los compañeros de hospedaje, cómicos algunos, llamaban *Don Patricio*, recordando un personaje de *El padrón municipal*. *Don Patricio* era «el huésped del comedor» ó «el huésped del pasillo», un vejete pulcro y cuidadoso que pasaba la mayor parte de la vida haciendo números, que eran laberínticos comentarios á un enorme archivo de «listas grandes», en que buscaba la martingala que había de darle indefectiblemente el premio mayor de Navidad.

Sólo dejaba aquella interesante y complicada ocupación para servir á D. Juan, que era para él una especie de Dios que se había dignado bajar á la tierra para honrarle. *Don Patricio* era, alternativamente, mayordomo, despensero, ayuda de cámara, cuantos servidores podía necesitar Vázquez de Mella, y era además, como todos los escuderos de los grandes hombres, un poco padre y un mucho amigo. Era además el primer oyente de D. Juan y el que gozaba indefectiblemente de las primicias de los fondos de *El Correo Español*.

Don Juan, en efecto, escribía en su casa, y luego, con empaque y entonación oratoria, tribunicia, porque así lo exigía la naturaleza de su espíritu, solía leerlos á los compañeros de hospedaje, que no siempre comprendían, pero á los que siempre era grata la música de aquel verbo cálido y apasionado. Huésped hubo, Magdalena sin arrepentir, pero honestísima en aquella mansión acogedora, que renegó de su analfabetismo y hasta intentó aprender á leer para enterarse *de visu* de aquellas cosas que la sonaban tan bien.

Nada alteraba entonces el buen humor de Vázquez de Mella. Le gustaba galantear á unas vecinitas que solían asomarse al balcón frontero, y alguna vez salía á saludarlas tocado con un casco de bombero francés. Prenda extraña que le daba un aspecto bélico y que había llegado á aquella casa por cesión, seguramente interesada, que hizo á un pintorcillo—hoy el mejor escultor anatómico de Madrid—un famoso vendedor de cuadros, á quien llamaban los bohemios de la pintura «El Ruso», y que con su aspecto de gorila—oh, la enorme traza de «El Ruso!»—era, sin duda, un desertor del ejército galo que había traído á España aquella prenda insólita.

Don Juan era niño, pero con el corazón muy grande; un día el pintor agonizaba, y Mella, que venía magnífico de una velada aristocrática, de frac, se sentó junto al fementido lecho de tablas de su amigo, y hablando, hablando, pasó la noche sirviendo de analgésico al moribundo.

Afortunadamente, el moribundo resucitó. ¿Fué la elocuencia del tribuno? ¿Fué un baño templado que le recetó el doctor Cuello?

Lo evidente es que el muchacho guardó toda su vida gratitud y cariño cordialísimo á D. Juan.

A. M.

